

El problema de la solidaridad entre las luchas subalternas contemporáneas. Aportes en clave política

The problem of solidarity within contemporary subaltern struggles.
Political contributions

Candela de la Vega
candela_dlv@yahoo.com.ar
Universidad Nacional de Villa María

RAIGAL. Revista Interdisciplinaria de Ciencias Sociales
Nº9, abril 2022 - marzo 2023 (Sección Artículos, pp. 120-133)
e-ISSN 2469-1216
Villa María: IAPCS, UNVM
<http://raigal.unvm.edu.ar>
Recibido: 12/10/2022 - Aprobado: 20/02/2023

Resumen

La atención del artículo se dirige hacia la conflictividad sociopolítica en Latinoamérica, que se caracteriza actualmente por la balcanización de sujetos, de demandas y de espacios institucionales y no institucionales de protesta e insubordinación. Ante tal diagnóstico, interesa ubicar el problema de la solidaridad entre la multiplicidad de sujetos políticos subalternos que protagonizan procesos de lucha. Ofreciendo una discusión teórica que se inscribe dentro de la perspectiva marxista, lo que aquí mostramos son las claves de un abordaje o una discusión teórica sobre la solidaridad. En una primera sección, ubicamos la solidaridad como parte de una forma particular de analizar las subjetividades políticas desde el marxismo, la clase. En una segunda y tercera sección, justificamos sobre qué claves la solidaridad puede resituar la constitución de alianzas, redes y articulaciones más allá de una “equivalencia discursiva”; y, así, reconducir el viejo problema de la unidad de los sujetos en lucha, en tanto problema político –y no ontológico, moral, o identitario– ante la infinita variedad de fenómenos de rebelión o resistencia en la escena contemporánea.

Palabras clave: lucha de clases; movimientos sociales; solidaridad; clase

Abstract

This article claims attention to the sociopolitical conflict in Latin America, which is currently characterized by the balkanization of subjects, demands and institutional and non-institutional spaces of protest and insubordination. Faced with such a diagnosis, the article locates the problem of solidarity among the multiplicity of subaltern political subjects that lead struggles. Offering a theoretical discussion that is part of the Marxist discussion, this article shows some keys to a theoretical approach on solidarity. In the first section, solidarity is located as part of a particular way of analyzing political subjectivities, the class. In the second and the third section, we justify how solidarity can relocate the constitution of alliances, networks and articulations beyond a "discursive equivalence"; and, thus, redirect the old problem of the unity of the political struggling subjects, as a political problem –and not an ontological, moral, or identity problem–, in the face of the infinite variety of phenomena of rebellion or resistance on the contemporary scene.

Keywords: class struggle; social movements; solidarity; class

El problema de la solidaridad entre las luchas subalternas contemporáneas

Introducción

Si existe algo huidizo de estabilizar en el modo de gobierno neoliberal actual –para luego teorizar y, en el mejor de los casos, atacar– es que cualquier expresión colectiva de descontento u oposición a las relaciones de dominación no es –a prima facie– eliminada o simplemente reprimida. Antes de eso, el orden neoliberal se caracteriza por haber creado, multiplicado y sostenido una serie de estrategias para reconducir los conflictos sociales a niveles y códigos aceptables, esto es, volverlos inteligibles y, por ende, gestionables dentro de las fronteras y lenguajes de su propia racionalidad. En una operatoria que, como hemos explicado en textos previos (de la Vega, 2021), promueve tanto la cultura política del individualismo, unas incesantes divisiones identitaria y la sectorialización estatal en la atención de las demandas sociales, es comprensible que un diverso conjunto de investigaciones actuales registre la balcanización de sujetos, de demandas y de espacios institucionales de protesta como parte del formato del conflicto social en la América Latina de nuestros días¹.

Las luchas de migrantes, de mujeres y diversidades, de trabajadores/as precarios/as, de desocupados/as, de excluidos/as al acceso a la tierra y la vivienda, de pueblos originarios, o de pueblos amenazados por la contaminación y el despojo; son todas luchas que emergen en los espacios fallidos de la actividad clasificadora, explotadora y expropiadora del capital, y que nos arroja un escenario policéntrico de la conflictividad sociopolítica. Este amplio abanico de conflictos nos permite reconocer la multiplicación de las contradicciones en el capitalismo neoliberal, pues ya no se trata solo de la contradicción capital-trabajo –e incluso podríamos decir que la misma ha menguado su centralidad en el contexto de la crisis del mundo del trabajo–; sino que, como explica Ciuffolini (2021), se trata de esas otras contradicciones antes subsumidas o invisibilizadas por aquella: las contradicciones capital-naturaleza y capital-reproducción social.

Ahora bien, como sugieren Hardt & Negri (2020), reconocer la pluralidad de sujetos subalternos que luchan en paralelo es un paso adelante pero insuficiente para el pensamiento y la práctica emancipatoria. Es que todas estas resistencias se caracterizan por presentar procesos de subjetivación política sumamente complejos y accidentados, potenciados y restringidos por tensiones al interior de cada lucha, y, a su vez, por las tensiones con otros procesos de lucha². Frente a semejante heterogeneidad, avivar de modo ciego y vacío la consigna de la “unión de las luchas”; traccionar de manera simple alguna “articulación discursiva”; o, disparar un moralismo de caza de brujas al demandar la subsunción a la solemnidad de “la lucha obrera”; constituyen todas estrategias que no solo se mostraron ineficaces a la vista de los dilemas del escenario político actual de la conflictividad, sino que también contribuyeron a crear surcos de oposición más profundos hacia adentro del campo subalterno. Ello se torna aún más grave y escandaloso cuando son las clases dominantes las que nos muestran mecanismos de solidaridad de clase mucho más efectivos.

Ante este diagnóstico, y con la intención de ejercitar discusiones para encontrar antídotos, el objeto de interés de este artículo gira alrededor de lo que insistimos en llamar la práctica de solidaridad.

¹ Por ejemplo, en los resultados que muestran Gago & Mezzadra (2015); Collado, Bonifacio, et. al. (2017); García Delgado & Gradín (2017); Murillo (2018); Reynares (2017), Murillo & Seoane (2020), entre otros.

² En algunos debates teóricos y del activismo político, la mera mención de la *clase* automáticamente es considerada como una intención de degradar la importancia de la raza y el género, en tanto ejes de producción de lucha, de desigualdades o de identidades.

¿Cómo abordar el problema de la coordinación interna de estas distintas subjetividades en lucha de manera que constituya un contrapeso efectivo ante la emergencia o consolidación de fuerzas y proyectos totalitarios y promotores de desigualdad social e insustentabilidad ambiental que amenazan nuestra región?³

Nuestra respuesta en este artículo ronda alrededor de lo que llamamos solidaridad: aquella práctica política orientada a construir una convergencia estratégica de las luchas hacia una hegemonía anticapitalista.

Ofreciendo una discusión teórica que se inscribe en la revalorización marxista de la acción política, lo que aquí mostramos son las claves de un abordaje o una discusión teórica sobre la solidaridad. En una primera sección, ubicamos la solidaridad como parte de una forma particular, dentro del marxismo, de analizar las subjetividades políticas contemporáneas, la clase. En una segunda y tercera sección, justificamos sobre qué claves la solidaridad puede resituar el problema de la constitución de alianzas, redes y articulaciones más allá de una “equivalencia discursiva”; y, así, reconducir el viejo problema de la unidad de los sujetos en lucha, en tanto problema político –y no ontológico, moral, o identitario– ante la infinita variedad de fenómenos de rebelión o resistencia en la escena contemporánea. Finalmente, para concluir ofrecemos algunas claves de lecturas que consideramos desafiantes para un pensamiento sobre las resistencias al capitalismo neoliberal capaz de vérselas con la pluralidad de luchas sin retroceder a los reduccionismos y esencialismos del marxismo tradicional y volviendo a poner al capitalismo en el centro de la discusión.

Si bien este artículo constituye una problematización de naturaleza teórica, nace de las preocupaciones derivadas de antecedentes de investigación que, desde hace casi 20 años como parte del equipo de investigación El llano en llamas⁴, abordan la constitución de subjetividades políticas en procesos contemporáneos de lucha. De manera más directa, estas reflexiones se elaboraron a partir de lecturas generales de resultados empíricos provenientes del análisis cualitativo de procesos de lucha y conflictividad en Argentina. Además, la práctica política de la solidaridad forma parte de un sub-eje de teorización derivada de los resultados de investigación doctoral de la autora, finalizada en 2018. Allí, y en una publicación previa (de la Vega y Ciuffolini, 2022), hemos sometido parcialmente este instrumental en la lectura y el análisis de casos empíricos concretos de lucha y conflictividad. En esta oportunidad, ofrecemos más bien una discusión teórica revisada, ampliada y mayormente justificada. Todas estas investigaciones se radicaron en instituciones universitarias argentinas y fueron financiadas con fondos públicos⁵.

Por último, agradezco los valiosos desafíos que nos propusieron las o los evaluadores de las primeras versiones de este texto: que el halo de la condición ciega de la evaluación no borre su contribución indispensable para un pensar abierto, generoso y crítico.

La clase y la solidaridad: un lente original para mirar la constitución de sujetos políticos

Hemos desarrollado y justificado en publicaciones anteriores que no es un capricho dogmático la necesidad de recuperar un enfoque clasista para el análisis de la conflictividad social y las formas de acción política contemporánea. Al contrario, creemos que se trata de una respuesta coherente y estratégica ante la evidencia que confirma y denuncia que la característica fundamental de nuestro tiempo es una constitución global de la sustracción capitalista que tiende a ocupar la totalidad del espacio social, y que,

³ Compartimos el viejo interrogante que se les presentaba, entre otros, a Laclau y Mouffe (1987): cómo pensar una práctica política revolucionaria ante la dispersión de posiciones de la clase obrera y el quebrantamiento de su unidad. El punto de partida es ciertamente el mismo, pero nuestra respuesta teórica se informa de otros supuestos epistemológicos y ontológicos.

⁴ Véase: www.llanocordoba.com.ar

⁵ Particularmente, nos referimos a los últimos dos proyectos vigentes: “La racionalidad neoliberal, el gobierno de la vida y la reconfiguración de lo común como espacio de resistencia en Argentina, 2002-2017”, radicado y financiado en UCC, UA-CONICET; y al proyecto: “Precarización, gobierno de la vida y resistencias. Un estudio de los conflictos políticos y sociales en Córdoba”, radicado en el Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales (CIJS), UE-CONICET, y financiado por SECYT-UNC.

en su correlato, no ha hecho más que empeorar de manera generalizada las condiciones de vida y acentuar la desigualdad social⁶.

Profundamente globalizado, el capitalismo neoliberal se materializa en lo que Fraser llama nuevas geografías de la explotación y de la expropiación:

Tras haber reubicado gran parte de la industria en el Sur Global, propiciado la proliferación del sector servicios y sus puestos de trabajo precarios en el núcleo histórico del sistema-mundo capitalista, y reclutado a las mujeres para el trabajo asalariado a escala global, este capitalismo ha alterado completamente la composición de “la clase trabajadora”. Mediante su financiarización integral, ha generado también nuevas corrientes de expropiación. Desde el acaparamiento de tierras por parte de las grandes corporaciones hasta la metástasis de la deuda soberana y el consumo, pasando por el uso de instrumentos derivados, el capitalismo actual ha inventado nuevas vías para proseguir su vieja tarea de absorber valor hacia arriba, ahora sin ensuciarse las manos en la producción (Fraser, 2020:9)

En este esquema renovado, las disfunciones del capitalismo neoliberal no son solo objetivas: han dado lugar a un estallido de insurrecciones que muestran ruidosamente y exactamente la aglomeración de los puntos muertos del sistema. Por análisis anteriores, sabemos que cada conflicto desnuda alguno de los aspectos caóticos y destructivos del modelo social-político-ambiental-económico del capitalismo imperante, arrojándonos una descentralización —pero no la desaparición— de las luchas obreras tradicionales, es decir, aquellas que se despliegan desde el locus de la producción y asociadas a la relación salarial. Pero también sabemos que la preocupante avanzada de la ideología neoliberal no ha hecho más que devastar las condiciones y sentidos para poder “luchar juntos”. La pomposa promoción de un concepto de libertad limitado y circunscripto al individuo, sus capacidades y méritos, solo ha instituido al individualismo como experiencia vital y política que, en su reverso, amputa la práctica de una libertad anclada en el campo estricto de la política —y por lo tanto como una condición creada y realizada de manera colectiva. La centralidad de un sentido de la liberación con anclaje individual aporta un componente crucial para entender la fragmentación y focalización de los procesos de contestación y las barreras o límites para su convergencia.

Frente a este escenario, este artículo apuesta a reconocer el potencial del herramental de la teoría marxista para reconocer y comprender las alineaciones entre sujetos políticos, o su ausencia. Para ello, necesitamos asumir el proceso de constitución política de las clases desde una mirada renovada. En este camino, nuestra recuperación de la noción de *clase* parte de la inscripción teórica en un campo de perspectivas contemporáneas en el campo marxista que entiende que aquella remite a una forma particular de constitución de una subjetividad política, y en consecuencia, una manera de abordarla. En otras palabras: la singular manera que el marxismo tiene para dar cuenta del proceso de constitución de sujetos políticos es a través de la noción de *clase*, y ello supone recuperar dimensiones o características muy específicas para analizar la emergencia de sujetos políticos.

En primer lugar, mirar la subjetividad política como *clase* supone mirar un proceso ligado inescindiblemente a la acción de lucha⁷. Justo en ese punto nos recuerdan Marx y Engels que “los diferentes individuos solo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase” (1974: 95). Lo mismo hace Thompson, para quien la constitución de clase supone que los sujetos en lucha “articulan sus intereses comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos de (y habitualmente opuestos a) los suyos” (Thompson, 1989: 14). La *clase* no es un *a priori* de la acción de luchar, ni tampoco se alcanza definitivamente a través de ella. Pero es en la lucha donde y cuando las clases se constituyen, reconstituyen y, por supuesto, también es en la lucha donde las clases se destruyen o desaparecen. En este sentido, resaltamos que no hay subjetividad política de clase sin que se despliegue una acción colectiva de lucha y conflicto.

⁶ Desigualdades que quedaron más en evidencia y, en algunos aspectos, se profundizaron durante los últimos años de pandemia COVID-19. Algunos estudios que exponen la profundización de desigualdades durante 2020-2021 son PNUD (2020); OIT (2020); Fernández-Sánchez, Gómez-Calles & Pérez, (2020); Lusting & Mariscal (2020).

⁷ Brevemente, para este recorte reconocemos la influencia tripartita de Marx, Gramsci y Thompson, conjuntamente con una serie de estudios contemporáneos que ofrecen importantes actualizaciones en relación a la discusión sobre la noción de clase como forma de subjetividad política: Holloway (2004), Pérez (2014), Modonesi (2010; 2016), Mezzadra (2014), Nievas (2016), Galafassi & Nievas (2020), Weeks (2020).

¿Pero una lucha sobre qué o un conflicto alrededor de qué? En segundo lugar, en tanto forma singular de mirar la constitución de sujetos políticos, la *clase* solo aparece cuando se inicia y se sostiene una lucha que atañe a comunes condiciones de vida de desposesión, explotación y subordinación que atraviesan y en las cuales se descubren insertos las personas y los grupos que la protagonizan. Más precisamente, la constitución de una subjetividad política de *clase* comienza en el momento en el que los sujetos se reconocen y actúan en el marco de un conjunto de enfrentamientos antagónicos que tienen con otros sujetos por establecer, reorganizar o alterar esas comunes condiciones de vida -este es el preciso sentido de la idea de antagonismo dentro de la perspectiva marxista⁸. Esas condiciones de vida alrededor, o en contra, de las cuales los sujetos luchan, no son otra cosa que la sedimentación de relaciones sociales capitalistas que regulan y organizan histórica y contradictoriamente dinámicas económicas, culturales, ideológicas, institucionales y políticas en las que los sujetos viven y, ocasionalmente, luchan.

Estas dos claves son suficientes para rechazar cualquier rehabilitación de un concepto reificado de la subjetividad política dentro de la perspectiva marxista, es decir, concebirla como condición ya dada por una posición fijada de los hombres y mujeres en la estructura social o económica. De la manera en la que la presentamos aquí, no existe una subjetividad política tan sólo por ocupar un lugar o, por caso, acreditar la participación en relaciones asalariadas. Analizar la subjetividad política como *clase* tampoco puede implicar derivar configuraciones identitarias automáticamente de una constatación exterior sobre la posesión/desposesión de medios de producción y vida de un determinado grupo social⁹. Al contrario, pensar los sujetos políticos desde la perspectiva de la *clase* exige ubicar la constitución de subjetividades como un resultado potencial -esto es, no asegurado y garantizado- cuya emergencia se liga a la condensación histórica entre las tensiones estructurantes de las relaciones sociales capitalistas, y el proceso de politización que se despliega a partir de la acción política de lucha y enfrentamiento.

Entonces, proponer la *clase* como herramienta analítica no es un llamado a que toda lucha social se deba expresar “solo y sobre todo” como lucha “entre clases”; ni que el “verdadero” problema al que se enfrentan las luchas debe ser su enunciación como parte de “una clase”, ni mucho menos exigimos la existencia de “un sujeto unificado en la clase”¹⁰. La teoría -ni la academia- no podría resolver por sí misma lo que debe ser resuelto en el plano de la política. Mucho menos ambiciosa -y prepotente-, nuestra propuesta apunta a recuperar la especificidad de los instrumentos teóricos del marxismo para analizar los espiralados, discontinuos y destellantes procesos de constitución de sujetos políticos y sus luchas en las sociedades del capitalismo neoliberal.

Podemos resumir estos elementos en tres premisas¹¹:

1. que los sujetos políticos no están ya en algún lado o posición para ser “recuperados” por algún análisis o por alguna forma previa de organización política -por caso, un partido, sindicato o movimiento social-, sino que se construyen/destruyen en singulares circuitos y momentos históricos;
2. que ese proceso de constitución tiene lugar al momento de iniciar, continuar o retomar una lucha

⁸ La crisis de la teoría y de la política marxista en la década de 1970 fue el disparador para la relectura del antagonismo, tal como lo propusieron Laclau y Mouffe, para quienes los antagonismos no surgen de los lugares ocupados por los agentes en las relaciones de producción, sino que son producto de una estructura discursiva. Nuestra versión, alimentada por los debates posteriores dentro del marxismo, apunta a situar los antagonismos como parte de un proceso de politización de relaciones sociales de explotación y dominación -éstas últimas, con carácter constitutivo de lo social, y, por ende, de su transformación.

⁹ En este caso, la clase es usada como una categoría (ya sea explicada por referencia a la propiedad, la riqueza, el ingreso, la ocupación o las formas de pertenencia) diseñada para mapear patrones de desigualdad económica o social.

¹⁰ Aquí no se trata de insistir en que las luchas de los sectores subalternos se unan alrededor del significante “clase”. Es que la “clase”, tal como venimos argumentando, no es un significante para llenar o articular; menos un imperativo de esta autora de que así suceda o deba suceder. Repetimos: la clase es una perspectiva teórica y analítica para observar con determinados elementos y dimensiones los procesos de constitución de sujetos políticos en la escena contemporánea.

¹¹ Tal como venimos insistiendo, estas tres premisas delimitan la singularidad de la perspectiva marxista y, por supuesto, la diferencian o acercan a otras posibles perspectivas. La comparación entre estas perspectivas no es objeto de este texto, en parte porque ya han sido exploradas en artículos anteriores (de la Vega, 2020a, 2020b, 2020c y 2019), y en parte porque existen otros numerosos ejercicios de otros autores y autoras que ya lo han hecho y que informan los supuestos centrales de nuestra posición: Denning (2020), Holloway (2004), Meiksins Wood (1983), Mezzadra (2014), Modonesi (2010), Nievas (2016).

común, que coloca a esos sujetos en relaciones antagónicas con otros;

3. que esa lucha no tiene que ver con cualquier cosa, sino exactamente con la oposición y la reconfiguración de las relaciones capitalistas de dominación, explotación y expropiación que atraviesan a esos mismos sujetos que luchan.

En esta línea, consideramos que la *solidaridad* es una experiencia política que un colectivo transita desde el momento en que se dispone a la lucha. En coherencia con lo anterior, la solidaridad tampoco puede derivarse mecánicamente a partir de una simple constatación de la posición de los sujetos en tales o cuales relaciones de explotación, dominación o producción; mucho menos de alguna teoría o “ley de hierro” respecto de la progresión de una política de alianzas a seguir. En un estudio reciente, Denning (2020) vuelve hacia algunas obras de Marx y de Gramsci para insistir, otra vez, que no es correcto afirmar que existe en los clásicos del marxismo un rechazo a una política de alianzas entre sectores en lucha en favor de una práctica política de las alianzas de clase absolutamente reduccionista al sector trabajador-obrero, y mucho menos, mecánicamente “triumfalista”. Por el contrario, y junto a Meiksins Wood (1983), sostenemos que la existencia, el alcance y la fuerza política expansiva de la solidaridad entre los sectores subalternos es algo que debe ser observado como parte de un movimiento histórico de constitución de las subjetividades políticas, y, por tanto, es la tarea analítica la que se dispondrá a explicar en qué sentido y a través de cuáles mediaciones se producen identificaciones y alianzas entre colectivos en lucha en un momento dado.

Comprender la naturaleza de la relación de *solidaridad* conlleva un valor agregado. Antes, dijimos que la particularidad de captar los procesos de subjetividad política desde la óptica de la *clase* implica mirar una experiencia colectiva de enfrentamiento y de oposición, esto es, transitar por una relación antagónica con otro a quien se considera un enemigo. Pero, apunta Cavaletti, la *clase* se constituye simultáneamente en otra forma de relación que ejerce un “relajamiento” del enfrentamiento al interior del campo de los subalternos: una relación que “hace que disminuya la competencia entre los obreros entre sí” (Cavaletti, 2013: 82). Cavaletti arriesga definir a la solidaridad como el principio político interno de la *clase*: “si para Carl Schmitt el principio interno de toda asociación es la distinción amigo-enemigo; para Marx el presupuesto de la lucha política y principio interno es la solidaridad” (2013: 83).

En un sentido similar, la relación de solidaridad aporta una fuerza “recompositiva” para Revel & Negri (2013: 239), lo que permite que los sujetos en lucha no se sostengan sólo en la guerra política y en una confrontación permanente contra su enemigo. Es que, recordemos, el horizonte emancipador de la lucha anticapitalista no se reduce a conseguir el reconocimiento de la burguesía, ni tampoco la destrucción de la burguesía. El horizonte emancipatorio tampoco acaba en la preservación aislada de identidades formadas y distorsionadas por las relaciones del capital (Fisher, 2022). Asumiendo la centralidad de las relaciones sociales capitalistas, lo que debe ser destruido son las estructuras y relaciones que dividen, clasifican y subordinan a unos grupos sobre otros: esto es, la alternativa de una sociedad poscapitalista, una sociedad sin antagonismos entre clase, una sociedad sin divisiones de clase.

En este marco, entonces, reclamamos que la solidaridad también sea un componente de la particular mirada sobre los procesos de constitución de la subjetividad política en un horizonte emancipador. Desde aquí, entonces, mirar cómo se construyen, re-construyen sujetos políticos en la disputa en contra las relaciones de dominación, explotación y expropiación capitalista supone mirar a las subjetividades en lucha simultáneamente en relaciones de enemistad o adversidad, y en relaciones de acercamiento y alianza.

Despejando el camino: lo que la solidaridad no es

Definir la solidaridad como parte de la constitución clasista de sujetos políticos exige despejar al menos tres ideas equivocadas.

La primera: la solidaridad de clase no puede ser una práctica dispuesta desde una lógica aditiva -es decir, no es una simple comprensión grupos- ni nombrada en la superficial congregación o reunión de cuerpos, como puede leerse del manifiesto de Butler (2019) y su idea de los “cuerpos en la calle”.

Retomando un previo dilema dentro de los llamados análisis interseccionales¹², Hardt y Negri advierten que, al hablar de coaliciones entre subjetividades, a menudo se repite una estrategia aditiva celebratoria de la pura diversidad: “la lucha de la clase trabajadora, más la lucha feminista, más la lucha antirracista, más la lucha LGTBI, más...” (Hardt & Negri, 2020:95). Fisher, en un sentido similar, advierte que el campo de las luchas subalternas se transformó en un “Castillo de los Vampiros” cuando “la lucha por no ser definido a través de categorías identitarias se transformó en la búsqueda de tener «identidades» reconocidas por un gran Otro burgués” (2022: s/p). Y agrega:

En lugar de buscar un mundo en el que todos estén libres de clasificaciones identitarias, el Castillo de Vampiros busca encerrar a las personas en sus campos identitarios, donde quedarán para siempre definidas según parámetros establecidos por el poder dominante, paralizadas por la conciencia de sí mismas, aisladas por una lógica de solipsismo que insiste en que no podemos entendernos entre nosotros a menos que pertenezcamos al mismo grupo identitario (2022: s/p).

Un fallo de este planteamiento es que los lazos de solidaridad, en el mejor de los casos, son contruidos como externos, entre unidades discretas previamente constituidas y cerradas antes de entrar en una alianza o relación. Frente a esta mirada, Hardt y Negri ofrecen un contrapunto: si la solidaridad clasista se manifiesta como un modo de articulación que se abstiene de suponer que los grupos en lucha están constituidos antes de ponerse en relación solidaria con otros; entonces sería más pertinente comprender que se trata de una práctica política que apunta a una articulación en la que cada subjetividad en lucha pueda lograr entenderse “inserta una en otra”. Es decir, en el que el lazo que las une no sea externo, sino interno: cada una de las luchas debería poder reconocer “que las demás son un capítulo de su propia historia política y social” (Hardt & Negri, 2020, 97)¹³.

La segunda idea que queremos despejar: la solidaridad no puede ser interpretada desde una exigencia moral -de un “buen sentimiento cristiano” o una “intención del ego”, dice Cavaletti (2013:73). Aquí, el principal problema es que una orientación puramente moral, intencionadamente o no, ignora la presencia de relaciones de poder en las relaciones sociales capitalistas y las necesidades de poder que se requiere para resolverlas- aunque sea provisoriamente. Aunque también, una solidaridad solamente moral organiza divisiones en el campo subalterno que se dirimen sólo entre quienes hacen las cosas bien, y quienes no; entre el triunfo de la voluntad o la disciplina, y las tentaciones que alejan del camino. La violación de la solidaridad como regla moral, no sólo es considerada una torpeza sino una especie de omisión del deber. Ciertamente, ello obtura las necesarias lecturas y operaciones tácticas y estratégicas de cada coyuntura histórica y de sus particulares relaciones de fuerza.

Incluso, la mirada moral de la solidaridad transporta cierta ceguera a observar las relaciones de poder hacia adentro del campo de sujetos políticos o las jerarquías entre los procesos de lucha. Cavalletti (2013) advierte que si la solidaridad ha de constituirse como el principio político de reunión de fuerzas no puede autorizar ni reproducir una gestión permanentemente centralizada y jerárquica de la infinita variedad de fenómenos de rebelión o resistencia que son colectiva e internamente diferentes o no homogéneos. Revel y Negri (2013) coinciden aquí que, aun sin eliminar el problema de la unidad en el campo de la lucha subalterna, indudablemente es imposible recuperar una unidad forjada a base de exclusiones, que reinstituya la subordinación entre fenómenos de rebelión como su condición misma de posibilidad.

La tercera: la potencia de la práctica de solidaridad no puede surgir solamente de articulaciones retóricas entre diversos procesos de lucha y subjetividades. En parte, esta observación apunta a la deriva

¹² Los autores se refieren a aquellos análisis que remiten al término acuñado a finales de la década de 1980 por la abogada feminista negra Kimberlé Crenshaw en un famoso artículo en 1989. La hegemonía del discurso interseccional en los estudios de género y la teoría feminista es ciertamente evidente mas no exento de críticas ni intentos de superarlas. Sales Gelabert (2017), por ejemplo, recopila voces críticas respecto a la asunción acrítica del discurso de la interseccionalidad al apuntar a cuestionar el tipo de estatus teórico, la confusión conceptual, la ontología social y la epistemología que encubre; y, no menos importante, cierto peligro por la proyección política de dicho discurso en el ámbito institucional.

¹³ El supuesto de la posición de estos autores es la naturaleza interconectada de las estructuras de dominación de raza, la clase, el sexo, el género y las jerarquías nacionales: “Esto significa, primero, que ninguna estructura de dominación es primaria (o reducible) a otras. Por el contrario, son relativamente autónomas, tienen igual importancia y son mutuamente constitutivas” (Hardt & Negri, 2020: 91).

“minimalista” con la que se recurre a la lógica populista para pensar la constitución de sujetos políticos, tal como lo explica Montero (2020). Desde algunas perspectivas, el populismo se concibe como una mera “lógica” para la construcción de identidades políticas; es decir, una forma sin contenido doctrinal pre-dado que permite comprender una importante dosis de pragmatismo y de flexibilidad doctrinaria en la acción política.

Al respecto, Denning (2020) considera que actualmente la política de convergencias entre sectores con diferentes demandas contestatarias se presta a leerse desde la forma política del populismo porque éste es uno de los ideogramas más accesibles al “sentido común” reinante en el capitalismo neoliberal. Amparado en el fetichismo que adquiere la forma pueblo en los modernos regímenes de “sufragio universal”, el populismo es la ilusión inevitable de la acción política cotidiana que

está profundamente arraigado en nuestras entidades políticas presidencial-parlamentarias de base territorial y sufragio ampliado, porque toda fuerza política -de derecha, izquierda o centro- tiene que hablar al pueblo y constituirlo; y toda fuerza electoral tiene que conseguir votos apelando a personas específicas en distritos electorales específicos (Denning, 2020:89).

En una perspectiva marxista -y a diferencia de los debates que giran en torno la noción de articulación¹⁴- la solidaridad no puede dejar de considerar la disposición a ganar una lucha, una disposición hegemónica, en el sentido gramsciano. La solidaridad de la que hablamos debe poder medirse con la generación de una situación revolucionaria, y ésta no puede estar limitada a la expansión democrática de las representaciones política o, en su otro extremo, a la práctica autoritaria. La solidaridad se dispone, por el contrario, a ser practicada como juego estratégico de identificaciones, movimientos y convergencias capaces de hacer irrumpir bajo formas imprevisibles las contradicciones de las relaciones capitalistas. Justamente, porque se trata de una práctica de naturaleza política, la solidaridad tiene que ser capaz no sólo de defender intereses corporativos en espacios institucionales o no institucionales, sino también debe poder proyectar una respuesta de conjunto a una crisis global de las relaciones sociales capitalistas (Bensaïd, 2013).

La solidaridad como práctica política-estratégica

Habiendo descartado la práctica de la solidaridad desde un fundamento aditivo o moral, meramente retórico, o reducido a la dirección obrera, solo nos queda resaltar su sentido político y estratégico. A partir de nuestros análisis, sostenemos que una noción marxista de la solidaridad no puede sino basarse en el acercamiento y en las convergencias que los sujetos en lucha realicen sobre:

1. una situación común de explotación y desposesión;
2. unos objetivos de lucha que se definen en la oposición a un/os otro/s, en el marco de un enfrentamiento declarado y situado.
3. un campo de proyección sobre el futuro que constituya una respuesta alternativa de conjunto a una crisis global de las relaciones sociales capitalistas.

Exploremos un poco más estos aspectos. En relación al primero, Denning (2020) fundamenta que existen “condiciones objetivas” que fundamentan la solidaridad entre las distintas luchas: la conexión interna entre las formas de capital. Explica que:

Por un lado, hay un único valor que se valoriza a sí mismo, arrojando plusvalor; por otra, hay formas de apariencia que marcan la división del plusvalor: beneficios del fabricante, interés, renta, beneficios del comerciante, cada uno relacionado con una rama específica del capital: industrial, financiera, propiedad inmobiliaria/de tierras, mercantil. (Denning, 2020: 84).

¹⁴ La noción de “articulación” se abrió como un espacio de posibilidad que cuestionó la vigencia de la teoría y de la práctica política marxistas, en el marco de un capitalismo que mostraba nuevas condiciones de dominación y formas de resistencia. Específicamente apostó, con éxito a escapar tanto de los reduccionismos economicistas como de los esencialismos de clase, dos posiciones que también hemos rechazado, sin abandonar un supuesto central de la teoría marxista: la fuerza ontológica del modo de producción capitalista en las formas de dominación, explotación y despojo.

En la argumentación de este autor, de modo paralelo, deberíamos insistir en las conexiones internas existentes entre las formas de explotación:

Por un lado, hay un único plustrabajo explotado del trabajo agregado de la sociedad, del trabajador colectivo, de toda la clase obrera, remunerada y no remunerada; por otro, hay distintas formas de explotación, que marcan las divisiones de la vida cotidiana y la composición de la población excedentaria relativa: no solo las diversas formas de salario por unidad de tiempo o de trabajo a destajo, sino también el cobro de renta por la vivienda, el interés sobre la deuda, los tributos exigidos por el Estado, el trabajo doméstico no remunerado (Denning, 2020:84-85).

Los acercamientos que los sujetos en lucha puedan elaborar e identificar sobre estas condiciones de vida son un componente ineludible en cualquiera experiencia de solidaridad. Pero en el marco de un proceso de subjetivación, se trata no tanto de “descubrir” condiciones “objetivas” que antes permanecían ocultas, sino de un proceso de politización por el cual esas condiciones se vuelven condiciones “comunes”, iguales o conectadas situaciones de explotación, desposesión y dominio. En otras palabras, no basta con que “objetivamente”, o de manera externa a los sujetos que participan en una lucha, describamos relaciones de explotación, desposesión y dominación que atraviesan por igual a diversos sectores sociales; sino que es necesario observar cómo estas relaciones son —o no son— incorporadas como ‘vividias’ y experimentadas socialmente como insoportables, impugnables e injustas por quienes se levantan en lucha.

Hablar de que ciertas condiciones de vida puedan ser experimentadas como “comunes” tampoco implica que los sujetos de esa experiencia se transformen en una “comunidad” o que lo sean incluso “antes” de emprender una lucha. En este tipo de fundamento, entonces, la solidaridad es ligeramente algo distinto a una ética, tal como lo hace Butler (2019), basada en una condición de precariedad que es ontológica a todas las personas, a pesar de que, en el mundo capitalista neoliberal contemporáneo, se intensifique de manera desigual para algunos sectores sociales.

Para esta forma de pensar la solidaridad de clase, lo común entre diversos procesos de lucha también debe alcanzarse en el plano de los intereses u objetivos de lucha, y por eso, se proyecta en un horizonte fuertemente estratégico. En trabajos previos abordamos la centralidad de la noción relacional de hostilidad de los intereses como elemento central del análisis del antagonismo que está en el centro de una subjetividad política clasista. Describimos que ello supone simultáneamente: la identificación de intereses propios que son móviles, situados y resueltos o irresueltos en la acción de lucha; la definición del alcance o escala de esos objetivos¹⁵; el reconocimiento de los intereses contrarios, los de sus adversarios; y, por último, la definición del grado de intensidad de la hostilidad entre ambos intereses (por ejemplo, los intereses del adversario pueden ser experimentados como “distintos”, pero no como contradictorios, excluyentes o irreconciliables con los propios). Además, mostramos cómo la definición de objetivos de lucha no solo dispone acercamientos —o alejamientos— entre los sujetos en resistencia, sino que el mismo lazo solidario puede generar cambios en la manera en que un grupo se da esos intereses.

En este plano, queremos destacar que el valor de nuestra versión de la solidaridad es este sentido estratégico-político que aporta a la confluencia de sujetos en lucha frente a la potencia sobredeterminante del capital. La solidaridad emerge en el momento exacto en que ciertos sujetos políticos se dan a sí mismos el objetivo común de luchar contra el capital que, como dice Bensaid, asume la “construcción de convergencias para las que el capital es el principio activo, el gran sujeto unificador” (2013:102). Así dispuesta, la solidaridad tiene una fuerza expansiva pues habilita la producción de acercamientos y confluencias con otras luchas en un mismo espacio político común que resulta estratégico para la derrota al capital.

Justo en ese punto, la solidaridad se nos aparece estratégicamente como ese antídoto contra políticas sin principios o sin proyectos, contra acciones sin continuidad, contra improvisaciones a diario

¹⁵ Las referencias gramscianas para justificar la observación de la escala o los alcances de los intereses son diversas. Por ejemplo, en uno de sus pasajes más famosos (cfr. Gramsci: 1981: 56), habla de masas populares, no de clases, cuando los intereses o razones por las que se rebelan son “inmediatas”, “contingentes”, “localistas” y “restringidas”. Las referencias a la necesidad de analizar la escala o alcance de los intereses enunciados por las clases también se tratan en Bonavena (2011); Iñigo Carrera (2014); Pérez (2014).

y bajo la urgencia de la coyuntura; es que la solidaridad así pensada expone siempre la necesidad de un movimiento permanente para derrocar el orden del capital, y al mismo tiempo, un termómetro para determinar lo que acerca a ese objetivo, o lo que nos aleja de él. Justamente, porque se trata de una práctica de naturaleza política, la solidaridad tiene que ser capaz no sólo de defender intereses corporativos en espacios institucionales o no institucionales, sino también debe poder proyectar una respuesta de conjunto a una crisis global de las relaciones sociales capitalistas (Bensaïd, 2013): ¿Qué tipo de prácticas, relaciones, sentidos e instituciones son y serían capaces de liberar de la dominación a todo el mundo y en igual medida?

Reflexiones finales

En nuestras sociedades actuales, cada lucha desnuda un aspecto particular de la genética de las relaciones sociales capitalistas y, en ese sentido, cada una de ellas aporta luz sobre la dinámica extractiva y desposesiva que, simultáneamente, se despliega sobre el trabajo, los cuerpos, los territorios, la creatividad, el ocio, etc. Esta característica común de las relaciones de producción del presente, es tanto el punto de anclaje como el punto de apertura para la constitución de una resistencia amplia. La necesidad de una política de alianzas hacia el interior del campo subalterno se muestra urgente ante la preocupante avanzada de la ideología neoliberal que, como decíamos arriba, no ha hecho más que devastar las condiciones y sentidos para poder “luchar juntos”. Y de continuar así, un inhóspito horizonte se nos aparece: aun cuando resultan victoriosas, estas luchas parciales nos traen éxitos siempre provisorios, pues el conflicto volverá a iniciarse en el mismo u otro lugar, ni bien se renueve el interés y la correlación de fuerzas del capital.

Desde este diagnóstico, pensar la solidaridad como categoría política, como coagulante de los múltiples conflictos, es pensarla como un proceso en el que inscriben desde su particularidad, pero dispuestas en un claro antagonismo con las formas extractivas y desposesivas del capital neoliberal. Es en la experiencia de lo que hay de común y de aquellos a quienes enfrentan, que la solidaridad se vuelve una práctica estratégica para sortear la incertidumbre y el estado de alerta permanente en el que se encuentran los colectivos en lucha. Desde esta mirada, justificamos por qué la solidaridad desanda más bien un modo de relación entre las luchas que no implica una homogeneización ni requiere una identidad *ex ante*; al contrario, resultada preciada porque tiene la potencia de abrir y expandir un abanico de estrategias al interior del campo de lucha subalterno, dentro del cual cada conflicto puede disponer un arsenal de tácticas y hacerlas confluir con las demás. Antes de pensar en una lucha, se trata pensar en el campo de la lucha de clases. Quizá entonces vuelva aquello que Gramsci denominó el “optimismo de la acción”.

He aquí los puntos nodales de una perspectiva sobre la solidaridad de clases, de clara inscripción marxista, que intentamos explicar en este artículo. De naturaleza teórica, nuestra reflexión en este texto asume que la teoría crítica no puede proveer de todos los elementos concretos que, como un rompecabezas, encajen en un nuevo mecanismo de coordinación de la interacción social que evite efectos perversos sobre las personas y sobre la naturaleza. Pero sí puede dibujar aquellas grandes avenidas por donde tramar estrategias de construcción de contrapoder que, de mínima, no revivan aquellos puntos blindados de la dominación capitalista.

Bibliografía

Ardila, G. A. O.; Ruíz, G. A. Q.; Sharo L. J.; Vasques Rodríguez, F. V. & Glitz Mayrink, P. (2020). Urbanización de la naturaleza, pandemia del COVID-19 y desigualdades socio-ecológicas en Suramérica. *Boletín Geocrítica Latinoamericana*, 5, 24-43.

Bartra, A. (2016). *Hacia un marxismo mundano*. Ciudad de México: Itaca.

Basualdo, V. & Peláez, P. (2020). Procesos de conflictividad laboral en el marco de la pandemia del COVID-19 en Argentina. *Documento de trabajo*. Buenos Aires: FLACSO. Recuperado de: <https://www.flacso.org.ar/wp-content/uploads/2020/07/Procesos-de-conflictividad-laboral-COVID-19-V-Basualdo-y-P-Pelaez.pdf>

Bensaïd, D. (2013). *La política como arte estratégico*. Madrid: La oveja roja-Viento Sud.

Bonavena, P. (2019). Marx y las clases sociales. En: F. Nievas (ed.). *Aproximaciones sociológicas*. Buenos Aires: Proyecto.

Butler, J. (2019). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós.

Cavalletti, A. (2013). *Clase. El despertar de la multitud*. Buenos Aires: Hidalgo.

Ciuffolini, M.A. (2021). Crisis y fin de la hegemonía neoliberal. ¿Y ahora qué?. *Revista Crítica y Resistencias*, 12, 101-111.

Collado, P.; Bonifacio, J. L. & Vommaro, G. (coord.). (2017). Estudios sobre ciudadanía, movilización y conflicto social en la Argentina contemporánea. Buenos Aires: CLACSO-PISAC. Recuperado de: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20171023035756/Estudios_sobre_ciudadania.pdf

de la Vega, C. (2019). Un salto desde el vacío: la clase y el “problema” de la heterogeneidad de los sectores subalternos. *Actual Marx Intervenciones*, 26: 17-37. Recuperado de: <https://www.actuelmarxint.cl/numero-actual/>

de la Vega, C. (2020a). *¿Lucha sin clase? Subjetividades clasistas en las luchas ambientales contemporáneas*. Córdoba: Teseo Press.

de la Vega, C. (2020b). Bajo aquellas circunstancias: las condiciones en las que los sujetos viven y luchan. *Tabula Rasa*, 35: 205-226. ISSN: 1794-2489.

de la Vega, C. (2020c). Quien aún esté vivo, que no diga ‘nunca’. Resistencias contemporáneas y luchas ‘sin clases’. *Perfiles Latinoamericanos*, 56: 359-377. ISSN: 0188-7653.

de la Vega, C. (2021). “Resistir al neoliberalismo o resistir en el neoliberalismo”. *Crítica y Resistencias. Revista de Conflictos Sociales Latinoamericanos*, (12), 137-147. Recuperado de: <https://www.criticayresistencias.com.ar/revista/article/view/188>

de la Vega, C. & Ciuffolini, M.A. (2022). Cuando nos miramos. Solidaridad de clases en la escena contemporánea. En: L. Huertas y S. Ramírez (comp.), *Soplando la Potente Fragua: Estudios sobre clase y lucha de clases en el capitalismo contemporáneo* (pp. 125-154). La Plata: Extramuros ediciones/ Theomai libros.

Denning, M. (2020). El proceso de destitución política como forma social. *New Left Review*, 122: 75–91. Recuperado de: <https://newleftreview.es/issues/122/articles/impeachment-as-a-social-form-translation.pdf>

Fernández Sánchez, H. ; Gómez Calles, T. & Pérez, M. (2020). Intersección de pobreza y desigualdad frente al distanciamiento social durante la pandemia COVID-19. *Revista Cubana de Enfermería*, 36. ISSN: 1561-2961.

Fisher, M. (2022). Salir del Castillo de Vampiros. *Jacobin Latinoamerica*. Recuperado de: <https://jacobinlat.com/2022/07/10/salir-del-castillo-de-vampiros/>

Gago, V. & Mezzadra, S. (2015). Para una crítica de las operaciones extractivas del capital. Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización. *Nueva Sociedad*, 255, 38–52. Recuperado de: <https://nuso.org/articulo/para-una-critica-de-las-operaciones-extractivas-del-capital-patron-de-acumulacion-y-luchas-sociales-en-el-tiempo-de-la-financiarizacion/>

Galafassi, G., & Nievas, F. (2020). *Antagonismo, dialéctica y lucha de clases*. Ranelagh, Argentina: Extramuros.

Galafassi, G., & Riffo, L. (2018). Del sueño de Cristóbal Colon al hoy llamado ‘extractivismo’. *Theomai*, 38: 232-45. Recuperado de: ISSN: 1515-6443.

García Delgado, D. R. & Gradi, A. (2017). *El neoliberalismo tardío: teoría y praxis*. Buenos Aires: FLACSO.

Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel - Tomo V (Q13-Q19)*. Ciudad de México: ERA.

Gramsci, A. (2010). *Antología*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Hardt, M., & Negri, A. (2020). Imperio, veinte años después. *New Left Review*, 120: 71–98. Recuperado de: <https://newleftreview.es/issues/120/articles/empire-twenty-years-on-translation.pdf>

Heiss, C. (2020). Chile: entre el estallido social y la pandemia. *Análisis Carolina*, 18, 1-4. Recuperado de: <https://www.fundacioncarolina.es/wp-content/uploads/2020/04/AC-18.2020.pdf>

Holloway, J. (2004). *Clase = Lucha*. Buenos Aires: Herramienta.

Iñigo Carrera, N. (2014). El concepto de clase social y su aplicación a la situación argentina. *Theomai*, 29: 77–99. ISSN: 1515-6443.

Laclau, E. & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lazzarato, M. (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Lustig, N. & Mariscal, J. (2020). El impacto de la COVID-19 en América Latina: se requieren respuestas fuera del libreto. *Análisis Carolina*, 22. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7439272>

Marx, K. & Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona, Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos-Ediciones Grijalbo.

Meiksins Wood, E. (1983). El concepto de clase en E.P. Thompson. *Cuadernos Políticos*, 36, 87–105. Recuperado de: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.36/CP.36.9.EllenMeiksinsWood.pdf>

Mezzadra, S. (2014). *La cocina de Marx*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y Subjetivación política*. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.

Modonesi, M. (2016). *El principio antagonista*. Ciudad de México: Itaca.

Montero, J. (2020). Nuevas perspectivas sobre el populismo: un panorama. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, 2, 22–41.

Murillo, S. (2018). Neoliberalismo: estado y procesos de subjetivación. *Entramados y Perspectivas*, 8 (8), 392-426. ISSN: 1853-6484.

Murillo, S. et. al. (2020). *La potencia de la vida frente a la producción de la muerte. El proyecto neoliberal y las resistencias*. Buenos Aires: Batalla de Ideas-IEALC-IIGG.

Nava, A. & Grigera, J. F. (2020). Pandemia y protesta social. *Jacobin Press*, 10, 1-9. Recuperado de: <https://jacobinlat.com/2020/10/11/pandemia-y-protesta-social>

Navarrete, F. (2021). Las dislocaciones de la Covid-19, viejas desigualdades y nuevas batallas. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, 65, 124–139. ISSN: 2448-5144.

Nievas, F. 2016. *Lucha de clases*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2020). “COVID-19 and world of work: impacts and responses”. Recuperado de: <https://www.ilo.org/global/topics/coronavirus/impacts-and-responses/lang--en/index.htm>

Pérez, P. (2014). Cómo entender y estudiar la conciencia de clase en la sociedad capitalista contemporánea. Una propuesta. *Theoria*, 29, 121-40. ISSN: 1515-6443.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2020). Los impactos económicos del covid-19 y las desigualdades de género. Recomendaciones y lineamientos de políticas públicas. Recuperado de: <https://www.undp.org/content/undp/es/home/librarypage/womens-empowerment/the-economic-impacts-of-covid-19-and-gender-equality.html>

Revel, J. & Negri, A. (2013). El común en rebelión. En: A. Negri y C. Altamira (ed.). *Política y subjetividad*. Buenos Aires: Waldhuter.

Reynares, J. M. (2017). Neoliberalismo y actores políticos en la Argentina contemporánea. *Perfiles Latinoamericanos*, 50, 279–299. ISSN 0188-7653.

Sales Gelabert, T. (2017). Repensando la interseccionalidad desde la teoría feminista. *Agora: papeles de Filosofía*, 36(2), 229–256. ISSN: 2174-3347.

Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra - Tomo I*. Barcelona: Editorial Crítica.

Weeks, K. (2020). *El problema del trabajo*. Madrid: Traficantes de Sueños.

—

Sobre la autora

Candela de la Vega

cande_dlv@yahoo.com.ar

Es Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Administración Pública por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Licenciada en Ciencia Política por la Universidad Católica de Córdoba (UCC). Actualmente es Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede de trabajo en el Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales (CCONFINES) de la Universidad Nacional de Villa María (UNVM). Se desempeña como docente en la cátedra de Teoría Política Contemporánea y de Análisis de Políticas en la Universidad Católica de Córdoba (UCC) y en la cátedra de Teoría Política III (Contemporánea) en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Desde 2004 integra el Equipo de Investigación “El llano en llamas” (www.llanocordoba.com.ar) y, en tanto parte de este Equipo, integra proyectos de investigación en UCC, UNC y UNVM. Dirige desde hace más de 10 años proyectos de extensión universitaria y ha publicado diversos artículos y libros que abordan conflictos sociopolíticos en su intersección con el problema del ambiente y la naturaleza, el Estado y las políticas públicas, el neoliberalismo y sus formas de gobierno, entre otros.